

Ensayo de socioanálisis (fragmento)

Pierre Bourdieu



Enfermo y hospitalizado, Pierre Bourdieu escribió, entre octubre y diciembre de 2001, una pequeña obra autobiográfica de unas sesenta páginas con el título: Ensayo de socio-análisis, utilizando los instrumentos teóricos provenientes de su campo disciplinario para auto analizarse. El manuscrito fue entregado a Didier Eribon.¹

La experiencia en el internado ha, sin duda, jugado un papel importante en la formación de mis disposiciones; inclinándome, ciertamente, hacia una visión realista (flaubertiana) y combativa de las relaciones sociales, que, presente desde mi educación inicial, contrasta con la visión conciliadora, moralizante y neutralizada que defiende, a mi parecer, la protegida experiencia de las existencias burguesas (sobre todo cuando éstas están mezcladas de religiosidad cristiana y de moralismo, como por ejemplo en los Estados Unidos). Esto se revelaba a través del descubrimiento de la diferencia social con los ciudadanos “burgueses” y también a través del corte entre el mundo violento y rudo del internado, terrible escuela de realismo social, donde todo quedaba expuesto a través de las necesidades de la lucha por sobrevivir: el oportunismo, la servilidad, la traición, la delación etc., y el mundo de la clase donde reinaban valores totalmente opuestos y profesores que, sobre todo cuando se trataba de mujeres, nos proponían un universo de descubrimientos intelectuales y relaciones humanas que resultaban encantadoras.

El viejo edificio del siglo XVIII gigantesco y amenazante, con sus enormes galerías de muros blancos y verde oscuro, o sus escaleras de piedra monu-



¹Extracto tomado de la nota publicada en *Le Nouvel Observateur* N° 1943, año 2002.



mentales, desgastadas en el medio, que subíamos por las noches en dos columnas hasta el dormitorio, no ofrecía nada que fuera a nuestra medida, y no dejaba a nuestra soledad ningún refugio, ningún escondite, ningún rincón. Esta sensación no podía ser más evidente que en el dormitorio; alineamiento disciplinario de tres filas de camas con viejos y uniformes juegos de cama, siempre visible desde la puerta o desde la cabina del celador ubicada en el medio. En invierno apilábamos todas nuestras vestimentas para tener un poco menos de frío. Los lavabos, suerte de bebederos para ganado, grises y largos, de unos cuantos metros, donde cada mañana nos empujábamos para tener un lugar y donde también lavaba, escondido, mis pañuelos luego de los resfríos. Una de esas pequeñas obsesiones cotidianas que, aunque eran comunes a todos, no eran compartidas con ninguno, reservadas a la soledad y la vergüenza de accidentes que suelen ocupar la cabeza de los chicos, chicos que se pretendían duros, obstinados, siempre envueltos en peleas pero que, sin embargo, se encontraban desesperados hasta las lágrimas sin nadie a quien quejarse o tan sólo poder hablar. También las letrinas en el medio del patio o en todo caso en un lugar visible desde todos lados, sus puertas de madera sin traba interna, con el pretexto, supongo, de evitar que se utilicen para fumar a escondidas, no ofrecían ninguna protección frente a los bromistas que ignorando la señal, una bufanda colocada en el exterior, las abrían bruscamente.

Este universo consagrado a la rutina y la repetición, que ocupó buena parte de mi vida desde 1941 hasta 1947 no contuvo ningún momento remarcable más que aquellas grescas, producto de la lógica interna de dicho universo, que suelen ser llamadas “memorables”. Este universo nos envolvía enteramente en regularidades monótonas que no dejan marca alguna más que algunos fognazos en recuerdos inconexos, y en el traqueteo de los cuidados, de las luchas cotidianas, de todos los cálculos, todas las trampas que había que desarrollar para obtener lo que le correspondía a uno legalmente. Conservar su espacio, cuidar su parte, (sobre todo en la mesa a la hora de comer), llegar siempre a horario, hacerse respetar siempre listo a utilizar los puños, en suma, sobrevivir. Puede pensarse que estoy agrandando el cuadro, pero quien escribe no sabe cómo decir todo lo que haría falta para hacer justicia a aquel que vivió esa experiencia, a todas sus decepciones, a sus furias y a sus deseos de venganza. Para que se tenga una idea, podría, evocando el Goffman de *Internados*, recordar que el internado está solamente separado, dentro de la serie de “instituciones totales”, de instancias como el hospital psiquiátrico, la cárcel, o la colonia penitenciaria

(tal como la evoca Jean Genet en *Le miracle de la rose*) sólo por diferencias de grado. Pero sería quizás más convincente si sólo dijera que recuerdo muy bien haberle dicho a uno de mis camaradas de *Kâgne*,² en una de esas confidencias un tanto literarias que uno suele intercambiar entre aspirantes a intelectuales, que jamás iba a tener hijos para luego ser el responsable de dejarlos librados a experiencias tan miserables como aquella. Pero, aquella experiencia me parecía incomunicable inclusive en el mismo momento en que la vivía. Recuerdo que mi padre, una vez dijo a mi madre, en una de esas raras ocasiones que yo pasaba un fin de semana en casa, que no me presionara tanto con preguntas en el momento en que yo trataba de hacer mi re-adaptación (acumulaba detenciones y penitencias, llegué a tener casi trescientas a lo largo de mi paso por el internado). En efecto, me había adaptado tan bien, paradójicamente, a ese mundo, sin embargo profundamente odiado, que enfrentaba sin particular placer la posibilidad de una salida. Y terminé disfrutando de la total tranquilidad de los domingos dentro de la escuela casi desierta; y a pesar del alivio, las largas vacaciones no me reconfortaban en nada puesto que el alejamiento social en que me encontraba por haber entrado a un internado me costaba el aburrimiento de pasarlas sin trabajos ni descansos compartidos con mis viejos compañeros de la escuela comunal (salvo algunos partidos de fútbol los domingos en una ciudad cercana).

El recitado de mis tormentos era incomprensible para mis padres que me veían como un privilegiado (mi padre dejó la escuela a los catorce y mi madre, que fue albergada por un tiempo por una tía de Pau, estuvo en la escuela hasta los dieciséis) responsable absolutamente de todos los males que me afligían, es decir responsable por mi mala conducta, que amenazaba los resultados de todos mis logros, mala conducta vital e inesperada que ponía en peligro el normal funcionamiento de la escuela. Me he preguntado frecuentemente si mis problemas dependían de lo que muy tempranamente se denominó mi “mal carácter”. Todavía guardo en mi memoria los incidentes que me valieron quedar, de una vez por todas, en la lista, que circulaba entre los celadores, de aquellas cabezas duras que había que castigar ante el primer signo de desorden. Nos encontrábamos dentro de una especie de ciclo: el castigo preventivo, individual o colectivo, engendraba la revuelta y la revancha, desmanes organizados con días de anticipación, duros reveses contra los celadores generando nuevos castigos, vuelta al orden y represalias, la decepción suscitada por el quiebre de aquéllos



2 Clases preparatorias para ingresar a *L'École Normal Supérieure*.

que, luego de haber incentivado a la revuelta, huían ante las amenazas de sanciones colectivas e instaban al líder, encerrado en su propio orgullo, a denunciarse. Jamás la soledad era tan grande como en aquel momento (me reencontré con el mismo sentimiento cuando estando en el barco que nos llevaba a Argelia predicaba a los otros soldados de segunda clase, iletrados de todo el oeste de Francia, la revuelta contra la ridícula pacificación a la que nos destinaban, a lo que contestaban “vos nos vas a hacer matar a todos” o “te van a descender”). Tenía once o doce años y nadie en quien poder confiar o quien pudiera solamente comprenderme. Pasaba a menudo mis noches preparando la defensa para el día siguiente. El personal de aquel pequeño colegio de provincia recurría muy seguido a la utilización de sanciones colectivas, amenazando, para detener el lío, de tomar rehenes que eran supuestamente elegidos al azar pero que en realidad eran elegidos por su prontuario escolar, o prometiendo las peores sanciones si los autores de un delito considerable no se denunciaban o no eran denunciados por sus camaradas. Horror por el orden formal: “confiésate”, sobre todo cuando éste viene de un cómplice que, frente a la amenaza, y el miedo que ella inspira, reniega toda fidelidad. [...] Se puede uno imaginar las satisfacciones que el sadismo de estos torturadores fracasados podía encontrar en el ejercicio del poder absoluto que la institución les otorgaba y al servilismo furioso que les valía su posición. A la vez asustado y desobediente, desvalido e intratable, siempre dentro de una desobediencia cercana a la delincuencia que sólo le faltaba la oportunidad y la ocasión para serlo, aunque también siempre dispuesto a confiar y abandonar la lucha, a salir de la trinchera de mi puesto de honor para encontrar al fin la paz, vivía mi vida de pupilo dentro de una especie de furia obstinada [...] Creo que Flaubert no estaba completamente equivocado cuando pensaba, como escribía en las *Memorias de un loco*: “Aquel que conoció el internado con doce años conoce casi todo de la vida”. El contraste, inmenso, entre el mundo del internado y el mundo normal, a veces glorificado, de la clase social, no contribuía poco a redoblar la revuelta contra las pruebas de iniciación y las persecuciones impuestas por esos pequeños personajes que las normas mismas de la vida escolar llevan a despreciar. De un lado, los estudiantes, los internos que venían del campo o de ciudades cercanas que —exceptuando algunos originales, fácilmente sospechados, en un mundo de alta masculinidad, de ser homosexuales— leían *Miroir Sprint* o *Midi olympique*, gustaban hablar siempre de chicas o de rugby, copiaban sus redacciones de francés de las redacciones anteriores y preparaban pruebas falsas antes de los exámenes trimestrales

de historia. Del otro lado la clase social, con los profesores, claro está, cuyas observaciones e interpelaciones más duras –pasar al pizarrón en la clase de matemáticas– sobre todo cuando se trataba de mujeres, tenían una especie de dulzura afectuosa desconocida en el internado, pero también estaban los estudiantes externos, extraños, casi irreales, con sus ropas sofisticadas, pantalones cortos un poco infantiles para su edad, o pantalones de golf que contrastaban con nuestros mamelucos grises. También contrastaban sus maneras y sus preocupaciones que evocaban con total evidencia un mundo inaccesible para nosotros. Recuerdo a uno de ellos, un “refugiado” con acento muy rebuscado, que totalmente ausente de aquello que lo rodeaba, escribía poemas. Había otro, hijo de un maestro, que era objeto de persecuciones sin saber exactamente si se debían al hecho de que era reconocido como homosexual, o porque durante los recreos se retiraba para practicar violín. La violencia en las interacciones cotidianas tomaba la forma de un racismo de clase apoyado en la apariencia física o en el nombre. Como ese que terminó siendo mi principal rival en las últimas clases, hijo de un ama de casa de las afueras de Pau, pero muy en contacto, a través del *scoutismo*, con hijos de maestros y doctores del pueblo, de los cuales adquirió su acento y modales, que me hería, muy a menudo, pronunciando mi nombre con el acento de los paisanos de la región, bromeando con mi apellido símbolo de todo el retraso de los paisanos de mi pueblo (me encontré con la misma frontera en el ingreso al *Louis –le– Grand*,³ los internos de la provincia, barbudos, con uniformes y un piolín de cinturón, y los estudiantes parisinos que impresionaban tanto al profe de francés de origen provinciano ávido del reconocimiento intelectual por su elegancia burguesa tanto en sus formas como en sus pretensiones literarias y su producción escolar, consideradas, en consecuencia, creaciones de un escritor. Siempre me inquietó pensar en el papel que jugaban, entre los condiscípulos y también entre los profesores, las apariencias físicas y la forma de vestirse como índices supuestos de propiedades intelectuales, morales y, en efecto, sociales, tanto en la vida cotidiana como en los exámenes. Comprendí recientemente que mi profunda ambivalencia en lo que respecta al mundo escolar se arraigaba, tal vez, en el descubrimiento de que la exaltación de la fase diurna, supremamente respetable, de la escuela tenía como contrapartida la degradación de su anverso nocturno, afirmada en el desprecio de los “externos” por la cultura del internado y por los hijos de las pequeñas comunas

■
3 Prestigiosa escuela de la Universidad de París.

rurales —entre ellos mis mejores amistades, forjadas en las peleas y los líos, hijos de artesanos y pequeños comerciantes, perdidos a lo largo del ciclo. Colocado en el medio de los dos universos y sus valores irreconciliables, un poco desencantado por el anti-intelectualismo redoblado por el machismo impúdico que hacía las delicias de mis compañeros del internado, pasaba los recreos leyendo, cuando no estaba jugando a la pelota vasca sobre todo los domingos durante mis penitencias. Pienso que si comencé a jugar al rugby dejando de lado a mis compañeros del internado fue sin duda para sentirme aceptado en la comunidad, viril, del equipo deportivo, único lugar (a diferencia de la clase, que dividía jerarquizando y el internado que aislaba atomizando) de la verdadera solidaridad en la lucha común por la victoria, en la ayuda mutua en caso de peleas, mucho más sólida y directa que aquella del universo escolar.